

# Lo posible: Ernst Bloch y Gabriel Celaya

## *The Possible: Ernst Bloch and Gabriel Celaya*

Recibido: 11-02-07  
Aceptado: 17-05-07

**Javier Mtnz. Contreras\***

Universidad de Deusto.  
Bilbao, España

### Resumen

Sin haberse conocido personalmente, el filósofo Ernst Bloch y el poeta Gabriel Celaya elaboran la categoría de "lo posible" con una notable afinidad. Poesía y Filosofía unen sus esfuerzos y nos entregan un concepto bien definido. Ambos caminos, el poema de Celaya y el proyecto filosófico de Bloch, se desarrollan en paralelo, se iluminan uno a otro, y nos entregan un concepto de posibilidad que resdítúa, redimensiona y centra un término de significado hoy muy amplio y dilatado, ambiguo e inoperante, del que sin embargo no podemos prescindir. Necesitamos reconocer cabalmente lo posible para poder discernirlo y realizarlo en una sociedad globalizada que tantas y tan necesarias transformaciones demanda.

### Palabras clave

Poesía, filosofía, fantasía, utopía, posible.

### Abstract

They did not know themselves each other personally, the philosopher, Ernst Bloch, and the poet, Gabriel Celaya, worked out the category of "the possible" with a remarkable affinity. Poetry and philosophy join their efforts and give us a clearly-defined concept. Both ways, the poem of Celaya and the philosophical project of Bloch, run parallel, each other, they light each other and deliver us concept of possibility that yields, re-dimensions and centers a term of meaning that today is very broad, extensive, ambiguous and unworkable, but which, nevertheless, we cannot do without. We need to recognize the "possible" precisely in order to be able to discern and realize it in a globalized society that demands so many and such necessary transformations.

### Key words

Poetry, philosophy, fantasy, utopia, possible.

\* Para una consideración más pormenorizada del pensamiento de Ernst Bloch puede consultarse: Javier Martínez Contreras, *Las huellas de lo oscuro. Estética y Filosofía en Ernst Bloch*. Salamanca, 8. Esteban, 2004; 1 Dolzler- H. Schramm(ed), *Cachaça. Fragmente zur Geschichte von Poesie und Imagination*. Beilin, Akademie Verlag, 1996; J.M García Praia, "La poética de lo posible en los textos: una aproximación ontológica y hermenéutica" en *Estudios Filosóficos* 135 (1996), 187-214; Ff Wiegmann, *Ernst Bloch ästhetische Kriterien und ihre interpretative Funktion in seinen literarischen Aufsätzen* Bonn, Bonnier Verlag Herbert Grundmann, 1976; *Utopie als Kategorie der Ästhetik. Zur Begriffsgeschichte der Ästhetik und Poetik*/c Stuttgart, J.B. Metzler, 1980; O. Witschel, *Ernst Bloch. Literatur und Sprache: Theorie und Leistung*. Bonn, Bonnier Verlag Herbert Grundmann, 1978; A Czajka, *Poetik und Ästhetik des Augenblicks. Studien zur Ästhetik und Poetik* des- Crn,ndla'ce von Rnrçt REnd litemn vr/ip», un, jitemlur4çthetivchem Werk. Berlin.

Toda simulación crea la aparición  
real de lo inventado.

Toda fábula es germen de algo nuevo,  
primero mentido, luego cierto.

Todo lo imaginado responde a una verdad  
que si no es, será.

El hombre no es un Dios. La fantasía  
recuerda y anticipa.

No engaña porque encarna el sentimiento  
justo del misterio.

Simula y siempre encuentra echando el dado,  
lo real del milagro.

Hasta el azar es algo provocado,  
tercamente buscado por una inconsciencia que va  
a lo deseado.

No es el azar, es lo exacto.

No es milagro que se haga real lo imaginado.  
Completamos lo hallado con el proyecto, lo busca-  
do con lo dado.

Todo es uno y lo mismo:  
lo increíble de los hechos, y lo posible, encontrado.

#### **Gabriel Celaya (1968).**

Es sabido, casi un tópico, que esa forma del pensamiento que llamamos filosofía alza su vuelo y su palabra, en feliz expresión de Hegel, al anochecer, cuando aquello de lo que se habla ha alcanzado ya un dedo estatus de madurez. La filosofía es arte crepuscular; según parece, siempre llega tarde, en ocasiones quizá demasiado. Pero precisamente ese adjetivo la sitúa en un umbral de doble significado, de doble posibilidad: lo crepuscular es tanto lo que despierta y nace como lo que declina para reposar en sí mismo. Por múltiples razones se ha preferido con asiduidad esta acepción segunda del crepúsculo. Quizá fuese el modo de intentar calmar una facultad humana que tiene por costumbre mirar más allá y preguntar, que es una manera de abrir espacios, romper límites, transgredir los silencios pactados o impuestos. Pero la filosofía, en todo caso siempre reacia a lo establecido, ha

ensayado también la aurora y ha pensado mucho sobre lo posible. No creo que tuviera razón Hegel cuando afirmaba que el ideal comparece sólo en la madurez de la realidad, enfrentado a lo dado para construir una imagen del mundo vestida ahora de intelectualidad. No. El modelo comparece antes, precisamente cuando el mismo hacerse de la realidad va desechando posibilidades que no dejan de ser deseadas, anheladas, queridas, buscadas siquiera en silencio cuando no queda otro remedio.

Ahora, en lo que nos ocupa, el pensamiento viene a reposar sobre lo que le ofrece su hermana la poesía: una apertura, el ejercicio crepuscular en el que comparece lo que pudiera llegar a ser mañana. En este poema, las voces de Gabriel Celaya y del filósofo alemán Ernst Bloch se dan mutuamente la palabra y juntos dicen lo posible, personaje de la escena humana exiliado a fuerza de silencio y altas dosis de ó que se ha llamado realismo y, en una extraña carambola, sentido común. En este caso, la poesía llegó después de la filosofía. Ernst Bloch comenzó su trabajo sobre las elaboraciones de la fantasía en 1918 y publicó su obra magna, *El Principio Esperanza*, en la primera mitad de la década de los cincuenta. El libro del que extractamos este poema. *Los espejos transparentes*, apareció en su primera edición en 1968. Ambos comparten época, sensibilidad y tema. No consta un mutuo conocimiento, siquiera literario. Sobre, sin embargo, la empatía de quienes se sitúan en parecida perspectiva y cada uno en su discurso recuerdan y dicen lo importante. El ejercicio que aquí desarrollamos pretende mostrar una tesis que en la filosofía de Bloch toma cuerno y vigor: que el arte es anticipación y espacio de juego de una realidad que sin serlo todavía, llama a las puertas buscando proponerse como deseable, hermosa, necesaria. Aprovecho una feliz coincidencia totalmente fortuita: Gabriel Celaya, un poeta irregular, quizá en exceso pegado a su tiempo y su circunstancia y sin ser uno de "los grandes", es capaz de recoger en el poema que aquí comentamos un sentir que en la filosofía de Ernst Bloch encuentra su desarrollo más completo. Se trata de un sentir epocal, por supuesto también, un sentir que es el resultado de una mirada preparada para absorber determinados matices de la realidad, siempre más amplia y abierta. Por eso merece la pena una mirada detenida al respecto: porque cada uno de ellos expresa, en el modo que le es propio, esa extraña capacidad del pensamiento para hacerse cargo del mundo y sus deficiencias y transformarlo, quizá porque es posible, quizá también porque tendemos a olvidarlo.

I

*Toda simulación crea la aparición real de lo inventado.  
Toda fábula es germen de algo nuevo,  
primero mentido, luego cierto.  
Todo lo imaginado responde a una verdad que si no es, será.*

Este es el primer apoyo convocado por lo posible: la fantasía. Ella es esa minusvalorada facultad que sueña, imagina, inventa y no repara en si sus creaciones se atienen a lo que la realidad impone como referencia insoslayable. La fantasía no se alimenta sólo de realidad, se alimenta de deseos, que como varita de zahorí son expertos detectores de carencias, y también de ensoñaciones, imágenes que vendrían a colmar y calmar al deseo y la carencia que lo despierta. No podemos pensar la fantasía sin la ensoñación ni el deseo. Ambos elementos son imprescindibles en la realización de su trabajo. La fantasía, evidentemente, simula, sueña despierta, elabora imágenes que colman una carencia y acercan un extraño paraíso que carece de la consistencia y tozudez de lo dado. Sólo es mera y hermosa aunque improbable posibilidad. Exactamente ese es su enorme poder, lo que la hace tan peligrosa. Porque ni la imaginación ni la fantasía trabajan en vano. Su fuerza, enorme, está en su capacidad de focalizar y dirigir al deseo. Le enseñan cómo transformar la realidad para que alcance lo que no puede dejar de anhelar. La fábula, la imaginación, lo simulado, son ejercicio crepuscular de anticipación, motivo de movilización de toda la capacidad creativa y de trabajo que a un ser humano o a una colectividad cabe. Y si les dejan, si las condiciones externas lo permiten o por lo menos no lo combaten con ahínco, tienen por costumbre convertir en verdad lo que fue falso, en hecho consumado lo que era, a todas luces, imposible, en certeza vital y contenido de experiencia elaborada lo que en principio no mereció más atención que una mentira, si acaso hermosa. Porque su trabajo no se hace sólo con ingredientes que habitan en la castigada "subjetividad" del ser humano. Sus elaboraciones juegan a organizar elementos de la realidad dada de modo diversa. Los seleccionan, los eligen y colocan, como en un collage o un montaje, de acuerdo a otros criterios. Y si la imagen resultante es lo bastante buena, alguien con el suficiente coraje puede decidir que ese otro orden de realidad ahí propuesto merece más la pena que el que nos ha sido dado, y se pone entonces a trabajar movido por la seducción de un sueño.

II

*El hombre no es un Dios. La fantasía recuerda y anticipa.  
No engaña porque encarna el sentimiento justo del misterio.  
Simula y siempre encuentra echando el dado,  
lo real del milagro.*

El ser humano no es un Dios. Tampoco cuando sueña, como pretendía Novalis, ni mucho menos cuando piensa, se humilla o se encumbra sobre nada. No hay ningún elemento mágico en el trabajo de la fantasía. Su arte combinatorio se mueve en dos posibles direcciones bien definidas y a las que no cabe hurtarse: el pasado, que sólo puede ser recordado, y el futuro, que sólo puede ser anticipado. Recuerdo y anticipación, pasado y futuro, son dimensiones de la memoria y del tiempo respectivamente. Y tiempo y memoria son, a su vez, posibles sólo en quien es capaz de reconocer acontecimientos. Hay tiempo porque algo acontece, porque algo se transforma y cambia. Y su continuidad sólo se establece en quien tiene la capacidad de retener lo que es y compararlo con lo sido. Entre ambos media un abismo, un nunca, que retiene y supera la memoria. No se trata, por tanto, de adivinar ni de exotéricos ejercicios de clarividencia. Se trata de analizar, recomponer, sopesar y dirigir las tendencias y latencias de la realidad en dirección asintótica con el deseo. En algún punto, acuciados por la capacidad movilizadora de la fantasía, realidad y deseo se tocarán siquiera un instante. Ahí no hay engaño. En todo caso cabe la posibilidad del desengaño, de la frustración de lo que nos es dado en el deseo y negado en la realidad. Y aquí, por supuesto, caben grados. La frustración o el desengaño del que hablamos no refieren ni el orden del tener ni el del aparentar ser. Su raíz es más profunda: la del orden del ser, del vivir, del existir. Puede que el deseo no encuentre su realización. Eso, en el orden de lo posible del que hablamos, no acaba con él ni con la movilización de su capacidad transformadora. En caso de que las condiciones objetivas no lo admitan y rechacen su objetivación, le basta no renunciar a su propio ejercicio de transgresión, de no-conformidad. El deseo y la fantasía no engañan porque encarnan el sentido del misterio que somos, que estamos siendo y construyendo a golpe de ensoñación que logra realizarse. Hablamos entonces de tozudez o empeño aplicados a una apuesta con rasgos existenciales. Nada nos garantiza su corrección, ni siquiera su cabalidad. Pero en apostarse, en ese echar el dado y sólo ahí puede darse, tras el anhelo, el ahínco y la

prefiguración simulada de lo pretendido, el milagro de que en un punto, deseo y realidad se den, reconciliados, la mano. El milagro no está en que ese instante de realización de deseo llegue a comparecer. El milagro, de hecho, es ya, y desde siempre, la realidad construida a base de entrelazar el ámbito objetivo con los deseos, fantasías y ensoñaciones de la voluptuosa conciencia de los sujetos. No hablamos de ejercicios de escapismo, de estafar para robarnos la vida y circunstancias que nos tocan. A pesar de todo, e incluso en su negatividad, lo real es el milagro de que realidad y deseo puedan darse la mano. Lo terrible quizá haya que buscarlo en la capacidad de algunos para imponer demoledoramente sus sueños sin pasar por el trámite de la seducción y el convencimiento. El ideal que se impone, más débil en el fondo que aquel que es capaz de seducir, sólo viene a confirmar, penosamente, lo más real del milagro perseguido hasta en el azar de una apuesta en la que cada cual se juega el mismísimo sentido de su existencia.

### III

*Hasta el azar es algo provocado, tercamente buscado  
por una inconsciencia que va a lo deseado.*

*No es el azar, es lo exacto.*

*No es milagro que se haga real lo imaginado.*

*Completamos lo hallado con el proyecto,  
lo buscado con lo dado.*

*Todo es uno y lo mismo: lo increíble de los hechos,  
y lo posible, encontrado.*

Deseo, realidad, fantasía capaz no sólo de transgredir los límites de lo dado sino de asentar otros nuevos más conformes o adecuados al juego de identificación progresiva entre lo humano y el mundo que habita. Es el momento de regresar, de hacer balance, de convertir en operativos los vuelos del deseo que hasta ahora sólo han afectado o conmovido a quien desea, fantasea, sueña y se enamora. Vivir es un trabajo de compleción, de dar plenitud a lo que no la tiene pero que presenta el ámbito de lo posible como una exigencia. Es la exigencia perentoria que nace de sus propias carencias descubiertas, acariciadas, padecidas, en el despliegue histórico de la realidad. Lo posible es el mundo narrado por la historia. Un mundo con dos protagonistas: el ser humano y su mundo, ambos de camino hacia sí mismos. Puesto que los problemas, preguntas, anhelos y deseos aparecen cuando hay condiciones objetivas que permiten su planteamiento y, si se les niega, se duermen aguardando, latentes, su momento, lo que la posibilidad ahora plantea no es apuntar a un paraíso (siempre engañoso), sino a la

transformación crítica de una situación, de una atmósfera, de un ambiente, que ha dejado ya de poder contenernos. Lo posible no responde a la necesidad de ejercitar un modo de ser que puede ser elegido entre otros. No se trata de la afirmación de todas las variantes como si todas fuesen preferibles o deseables o igualmente aceptables. Lo posible del que hablamos es el que responde a la necesidad de liberación, es decir, a la necesidad de recomponer en una relación perfeccionada, la viable simbiosis entre realidad y deseo, colmando así necesidades que surgen de carencias existenciales. Esto nos obliga a completar lo dado, la realidad, con lo soñado, proyectado y deseado, esto es, con la luz del futuro. Así se formula el "todavía no" que late en las circunstancias apuntando, tendiendo, hacia aquello que al menos en un primer momento hace acto de presencia como su meta, su solución. Hay futuro en el pasado, hay futuro latente en lo dado. Es necesario descubrirlo y dejarlo hacer su trabajo. Lo posible no es una feria de alternativas. Lo posible es el descubrimiento de una exigencia que focaliza el deseo y provoca lo mejor de nuestros sueños para empujarnos a la transformación de la realidad si es que tal movimiento merece la pena. Esa decisión se toma no sólo en base a la ensoñación que alguien impone, sino en base a su propuesta y elucidación en el espacio de juego y de imaginación que brinda el arte. Completamos lo hallado con el proyecto no por snobismo, sino porque no cabemos en lo dado. Es más, cuando hacemos dejación de ese movimiento de compleción, lo que sucede es que alguien aprovecha para identificar lo dado con lo buscado y poner en ello su propio sueño/interés, hacer sólo su posible, afirmar su voluntad de poder.

Por mucho que queramos, no hay *posible* sin proyecto. Se recorta siempre sobre un horizonte, sobre una meta, apunta definitivamente a un fin. Fin que no nace de una voluntad arbitraria con capacidad de imponerse, sino de unas condiciones objetivas, materiales, de la realidad que son antagónicas, que se contradicen y se tensan hasta hacernos imposible habitarlas por su constante disonancia. Esta carencia de acomodo de la realidad misma y de nosotros en ella exige la transformación futura que abre el campo de lo posible, el milagro de los hechos que serán ya para siempre conjugados, dados porque son nuestros, porque responden a lo que ellos son más lo que les hemos puesto. Lo posible no es un muestrario de opciones. Es una posición frente al inacabamiento de la realidad, una postura frente a su carencia. Postura, posición, no una pose. Es un desde donde a partir del cual algo se realiza, y cuando esto sucede, ya nada es como era antes de haberse realizado.

#### IV

Comenzábamos estas páginas recordando la tardanza del pensamiento, su incapacidad para decir nada antes del crepúsculo, antes de la madurez de lo real. Quizá hayamos podido mostrar que cuando la palabra es adecuada y se propone en su forma precisa, hasta donde sea posible, el pensamiento en la palabra también anticipa. El proyecto, la ensoñación, la fantasía o el deseo no son lujo inútil ni exhuberancia superflua del modo de ser propio de lo humano. Son precisamente las “actividades” que más adecuadamente lo definen. Esas actividades en otra época gozaron de horizonte, de proyecto, de forma tan obvia que ni Celaya ni Bloch necesitaron aclarar tal

extremo. Hoy, pensar lo posible, requiere no sólo explicar su fundamento, sino su relación con una realidad abierta, carente de fundamento cabal y accesible y que precisamente por eso, alberga todo cuanto quepa imaginar, desear o soñar. Todo sería en ella *lo posible*. Pero sin sentido porque carece de horizonte que lo haga discernible. Es otro, si así se puede hablar, el posible que hemos desgranado. Este que ocupó a Bloch y a Celaya está cargado de sentido. Eso es lo que lo hace preferible, y además, susceptible de ser propuesto, ofrecido, para que, siendo aceptado, alumbre el encuentro que suture la vieja herida que, separando realidad y deseo, es, a la vez, promesa necesaria de su acuerdo.